

1969

## AÑO CRUCIAL

AGORERO es quien prédice sin fundamento males y desdichas; pero ¿cómo se llama el que los anuncia fundadamente? Pues adivino: "descubre por conjeturas alguna cosa oculta o ignorada". Me dedicaré temporalmente a esta venerada profesión.

EN CUANTO país las hay, las elecciones generales producen el malestar de la incertidumbre; pero México, con su turbadora sabiduría política, se ha librado de esa norma durante largas épocas. Digamos de 1884 (la primera reelección) a 1904 (la última tranquila), o sea veinte años de la era porfiriana; también de 1946 a 1964, los dieciocho anteriores a la actual. La excepción a la regla fue absoluta durante el primero de esos dos interregnos; en el siguiente, apenas sufrieron la epidemia dos grupos limitadísimos: los vividores o profesionales de la política y los negociantes. (Businessman no es "hombre de negocios", como no es "hombre de comercios" el comerciante.) El resto, la inmensa mayoría de la población, vio las elecciones con el abandono con que se ignora un eclipse lunar que ocurre en la madrugada. Esto no quita que muchos jugaran viciosamente a la chafada del "Tapado" ni que otros tantos se acogieran a la filosofía de que vale más peor por conocer que malo conocido.

TEMO muchísimo que en 1969 volvamos a la regla universal. Diría

más: el malestar puede llegar a la exaltación y la incertidumbre a la rabia de sentir obstruida toda vereda. No que mi bola de cristal pinte escalofriantes levantamientos armados, pues hasta ella entiende que allí está el Bien Plantado, listísimo a batir cuanto bicho se le cruce, y que no hay ya atravesados que los acaudillen. Pero sí apunta a que estas elecciones generales serán vigiladas con ánimo acongojado por numerosos mexicanos, y que si no son conducidas con alguna prudencia y suma habilidad, la amargura será imborrable.

USO ESTA conjetura para llegar a tal adivinación. Todos los mexicanos concuerdan en que de 1940 a 1969 se han producido en el país numerosos cambios de la más variada naturaleza; pero han acabado por divorciarse sobre la apreciación de su valor y de su rumbo. El gobierno y los negociantes, motores organizados de la vida nacional, los subliman hasta considerarlos ejemplares y aun dignos de un cuento de hadas; pero no han advertido que hoy son muchos los que no comparten tan rosadas opiniones. Resulta obvio el motivo de esa inadvertencia: negar o disminuir el valor y el significado de esos cambios equivaldría a condenar o enflaquecer la intención y la eficacia del gobierno y de los negociantes, que se consideran a sí mismos padre, madre y comadronas de la criatura. Pero no es tan obvio que semejante complacencia paternal haya extraviado el concepto mismo de la duda, que cualquier diccionario define así de sabiamente: "suspensión voluntaria y transitoria del juicio, para dar espacio y tiempo al espíritu, a fin de que coordine todas sus ideas".

RARA VEZ se produce en un país ese famoso consenso que buscan con afán gobernantes y gobernados; nada es, pues, más natural (y saludable) que la desemejanza de pareceres; pero debe preocupar hondamente si toca al fondo mismo de las cosas y al camino para

conseguirlas. Un observador despejado nota que la que fue de memo detalle hace veinticinco años, hoy es una divergencia fundamental porque se refiere a dos puntos decisivos. Uno, la forma de apreciar el progreso alcanzado hasta ahora por el país; el otro, el catálogo de prioridades, la lista de objetivos ordenados según su importancia decreciente y a cuyo logro deben aplicarse preferente y proporcionalmente los recursos nacionales, escasos por definición.

Véase la primera discordia: es incuestionable que el gobierno y los negociantes ven tan sólo lo logrado ya, mientras que abate al ciudadano común contemplar lo mucho que el país necesita recorrer para alcanzar una situación siquiera decente. Así se ha creado un verdadero abismo: la posición del gobierno y de los negociantes es de complacencia y hasta de fiero orgullo; la del ciudadano común, en el mejor de los casos, de escepticismo, y en el peor, de crítica irritada y de condenación iracunda.

Póngase el ejemplo de la Olimpiada, cuya significación se presentó así: significa consagrar universalmente a México porque es la primera vez que se concede no ya a un país de habla española (pues esto representaría una modesta preferencia sobre veintiuna naciones), sino a un país subdesarrollado (una preferencia sobre cien, por lo menos). México, por lo tanto, debía demostrar al Mundo que tiene los recursos materiales y la capacidad organizadora para arrostrar reto tan espectacular. A dos meses de extinguida la llama olímpica, ya hay quien considere la aventura como el más solemne disparate que México ha cometido en sus ciento cincuenta y ocho años de existencia. Y muchos son los que desearían ver ahora esta <sup>4</sup>ra Olimpiada: poner al arquitecto Ramírez Vázquez en el lugar de don Norberto para que su genio organizador resuelva los problemas del campesino. (No se ha presentado con firmeza la idea por el temor de que el sagaz don Pedro la rechace arguyendo que teñirse el pelo de blanco lo envejecería prematuramente.)

EL divorcio acerca de las prioridades es más hondo y más grave, y para ilustrarlo basta un ejemplo. Desde hace muchos años México es un país deudor porque vende menos de lo que compra. Afortunadamente, pudo llenar la diferencia con los ingresos del turismo y de la inversión extranjera. Pero esa solución, que antes se vio como aleatoria o complementaria, se ha convertido en uno de los objetivos principalísimos de la política económica nacional. Así se han pospuesto las metas de levantar en vilo al campesino o siquiera enderezar el desequilibrio del comercio internacional con nuevas exportaciones.

ENTONCES, para el grueso de los mexicanos no es ya indiferente quién pueda ser el próximo presidente, ni tampoco los diputados y senadores, pues de ellos dependerá optar de una buena vez entre la complacencia y la severidad.

3 enero 69 ?